

**LOS DIFUNTOS A LA MESA: ACTUALIZACIÓN Y VÍNCULOS NO ESCRITOS DE WALTER
BENJAMIN Y JOSEPH HUIZINGA**

Silvana Anahí Gómez*

RESUMEN: en este trabajo, analizamos la obra de Walter Benjamin y la de Joseph Huizinga (pretendiendo entablar un diálogo entre ambos) a partir de *Sobre el concepto de Historia* y el apartado “N: Teoría del Conocimiento, Teoría del Progreso” de *Libro de los pasajes*, del primero, y *Sobre el estado actual de la ciencia histórica*, del segundo. Intentamos una “actualización” de estas obras: ¿Cómo “leer” los vínculos que “nunca han sido escritos” entre Benjamin y Huizinga? Para ello, damos cuenta de la crítica a la Ideología del Progreso, las tensiones que se manifiestan en los autores cuando abordan ese Progreso en la versión historicista de la Historia, la concepción que sostienen del tiempo histórico y la compleja conceptualización de una idea que gira en torno a la dicho anteriormente: la de imagen.

PALABRAS CLAVES: Walter Benjamin. Joseph Huizinga. Teoría del Progreso.

**THE DEADS AT THE TABLE: UPDATE AND NOT WRITTEN LINKS BETWEEN WALTER
BENJAMIM AND JOSEPH HUIZINGA**

ABSTRACT: In this paper, we analyze the work of Walter Benjamin and Johan Huizinga, pretending to engage in a dialogue between they, from *On the Concept of History* and the N: Theoretics of Knowledge, Theory of Progress, in *The Arcades Proyect* by Benjamin, and *Sobre el estado actual de la ciencia histórica*, by Huizinga. We try an update of these works: how to read links that never have been written between Benjamin and Huizinga? We realize the criticism of the ideology of progress, tensions that occur when the authors discussed the

* Profesora y Licenciada en Historia por la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires –UNCPBA . Actualmente, realizada el Doctorado en Historia por la Universidad Nacional de La Plata -UNLP. Miembro del Centro Interdisciplinario de Estudios Políticos, Sociales y Jurídicos - CIEP de La UNCPBA). Profesora en Nivel Superior. E-mail: sagkalle@gmail.com. Artigo submetido em 25/07/2014 e aceito para publicação em 15/12/2014.

progress in the historicist version of history, holding the conception of historical time and the idea of conceptualizing complex: image.

KEYWORDS: Walter Benjamin. Johan Huizinga. Theory of Progress.

Los que en cada momento están vivos se miran en el mediodía de la historia. Están obligados a proporcionar un banquete al pasado. El historiador es el heraldo que invita a los difuntos a la mesa [Walter Benjamin. *El libro de los pasajes*. N 15, 2]

Sé bien que en cada ciencia el que la cultiva se especializa según su preferencia; pero en la Historia esa predilección por un trozo determinado del pasado está anclado en profusión de sentimientos que salen muy afuera de la aspiración puramente científica. La imaginación tiene una parte poderosa en ella, y más aún el estado del alma. Es un amor al pasado, un afán de ver resurgir viejas cosas muertas con un brillo de vida ardiente [Joseph Huizinga. *Sobre el estado actual de la ciencia histórica*.]

A modo de introducción

Walter Benjamin (Berlín, 1892- Portbou, 1940) y Joseph Huizinga (Groninga, 1872- De Steeg, 1945) comparten el interés por la Historia (¿qué Historia?, ¿cómo se escribe la Historia?, ¿de quiénes da cuenta la Historia?) en un contexto particular: la urgencia del pasado es la urgencia del presente. Buena parte de la vida de estos autores y sus pensamientos estuvo signada por el establecimiento del régimen nazista en Alemania y por la incapacidad del marxismo de dar respuestas frente al avance del fascismo, al tiempo que en la URSS se consolidaba la tiranía de Stalin. Ambos regímenes—sean estos (o se autodenominen) revolucionarios o reaccionarios- acabaron por hacer sucumbir a la población que los padeció similares sufrimientos y acarrearón consigo muertes: millones de personas que perdieron el aliento detrás de las banderas deshumanizadas que, en nombre de la izquierda o la derecha, flamearon.

El siglo XX se transformaba, de esta manera, en la cruel manifestación de que el Progreso —como teoría explicativa- era simplemente insostenible. Lo demuestra, también, el hecho de que Benjamin se suicidara mientras huía de los nazis o que la muerte encontrara a Huizinga en un campo de concentración. No es difícil, entonces, imaginar una “aversión al Progreso”; tampoco lo es, entender la importancia de la vida y la muerte, en estos escritos.

En este artículo, intentamos establecer un diálogo entre las obras³ de Benjamin y Huizinga. Aunque Benjamin había leído a Huizinga –como lo demuestran algunas frases de autoría del holandés en el *Libro de los Pasajes*- nos proponemos, en el sentido benjaminiano, leer lo que no se ha escrito: ¿cómo pueden, entonces, leerse los vínculos, inconclusos y acallados, entre estos autores?⁴ ¿Es posible realizar una “actualización” de ideas, por momentos semejantes, por fragmentos tan distintos, en dos autores que siendo contemporáneos, redefinen la existencia -la propia, la de los otros, la de nosotros- con la mirada puesta en el pasado? ¿En qué pasado han posado la mirada? ¿Qué ata el pasado al presente: un horizonte de expectativas futuras compartidas o la búsqueda y encuentro de la utopía en lo pasado?

Para comenzar a dar cuenta de estos cuestionamientos, analizamos la idea del Progreso que aparece en los autores. Aunque para Benjamin y Huizinga, el marxismo –el marxismo vulgar en los términos de Benjamin- estaba subsumido también a la misma lógica del Progreso, nos concentraremos aquí en el análisis de esta teoría y sus implicancias en la historia historicista.⁵ Para ello, recorreremos dos lugares convergentes en los autores: el carácter constructivo de la reconstrucción historicista y la noción de tiempo histórico, sostenida en sus obras, lo que dará lugar al análisis de la idea de imagen. Finalmente, presentamos algunas consideraciones que, esperamos, puedan abrir nuevos interrogantes en torno a esta cuestión.

La Ideología del Progreso, en la historiografía historicista.

³ Acerca de las obras, cabe aclarar que en el caso de Benjamin nos referimos a las tesis que conforman *Sobre el concepto de Historia*, que datan del año 1940 y el “N: Teoría del conocimiento, Teoría del Progreso” en *Libro de los pasajes*, escrito por el autor entre 1927 y 1940 y conocida póstumamente. Respecto a Huizinga, se han analizado cuatro conferencias pronunciadas por el autor entre el 23 y el 27 de julio de 1934 en el curso de la Universidad Internacional de Verano de Santander, cuya traducción al español es atribuida a María de Meyere y que quedaron compiladas en el libro *Sobre el estado actual de la Ciencia Histórica*.

⁴ “Leer lo que no ha sido escrito” (BENJAMIN, 1940) El concepto hace referencia a leer los fracasos, los olvidos. En este sentido, se vincula con “No hay documento de cultura que no sea a la vez documento de barbarie” (BENJAMIN, Tesis VII, 1940, p. 9)

⁵ La crítica al marxismo, subsumido bajo la lógica del progreso, aparece en Benjamin y en Huizinga. La cuestión, sin embargo, excede los límites de este trabajo. La ferocidad con la que ambos autores analizan el tema, y la complejidad que trae aparejada, daría lugar a otro análisis del particular. En este sentido, es válido recordar que para Benjamin, se trataba de un marxismo vulgar, ese que había visto la revolución siempre en el futuro, en el porvenir. De esa forma, transformaba también a los muertos –aunque fueran éstos producto de la lucha de clases- en “necesarios”. La historia construida por el marxismo, finalmente, no se distanciaba de la historicista (BENJAMIN, 1940). Para Huizinga, el marxismo se había transformado, en lo que otrora, había sido función de la Iglesia: doctrina. Tras la institucionalización de la revolución en la URSS, el marxismo se transformó en “(...) doctrina forzada impuesta, una ciencia esclavizada”. El historiador marxista, que sigue estos preceptos corrompidos, debería recordar para Huizinga que: “La coacción es la que mata” (HUIZINGA, 1934, p. 86).

Una de las tesis de Walter Benjamin sintetiza, en particular, la crítica al Progreso:

Tesis IX

Tengo las alas prontas para alzarme,/Con gusto vuelvo atrás,/ Porque de seguir tiempo vivo, /Tendría poca suerte. /Gerhard Scholem: Gruss vom Angelus

Hay un cuadro de Klee que se llama Angelus Novus. En él representa a un ángel que parece como si estuviese a punto de alejarse de algo que lo tiene pasmado. Sus ojos están desmesuradamente abiertos, la boca abierta y extendidas las alas. Y este deberá ser el aspecto del ángel de la historia. Ha vuelto el rostro hacia el pasado. Donde a nosotros se nos manifiesta una cadena de datos, él ve una catástrofe única que amontona incansablemente ruina sobre ruina, arrojándola a sus pies. Bien quisiera él detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado. Pero desde el paraíso sopla un huracán que se ha enredado en sus alas y que es tan fuerte que el ángel ya no puede cerrarlas. Este huracán lo empuja irresistiblemente hacia el futuro, al cual da la espalda, mientras que los montones de ruinas crecen ante él hasta el cielo. Ese huracán es lo que nosotros llamamos progreso. (BENJAMIN, Tesis IX, 1940, p. 9-10)

Para Benjamin, el ángel del cuadro de Klee es la Historia, mirando al pasado, no identificando una cadena causal de datos, sino –por el contrario- intentando dar cuenta de una extensa catástrofe. La Historia quiere despertar a los muertos, dotar al pasado de un sentido que sólo en el presente lo que no fue, pueda ser. Sin embargo, el Progreso atenta contra ello: el huracán empuja el ángel hacia el futuro.

El Progreso para Benjamin es esa teoría y procedimiento que transforma al pasado en lo que fue (como pretérito acabado) y coloca en el futuro la esperanza. Con el argumento de un avance, de un desarrollo, una evolución, el Progreso no detiene su marcha y pasa por encima de los muertos y los fracasos. No hay tiempo para detenerse, no hay tiempo para considerar que esos muertos y esos fracasos no han sido necesarios como el Progreso afirma. Si el ángel no toma fuerzas, el impulso de esos vientos lo arrastra y lo convierte en Historia historicista. La Historia historicista, será para Benjamin entonces, una historia del Progreso: una historia que, en pro de dar cuenta de los avances de la humanidad, ha transformado y considera necesario a los finalmente olvidados dentro de su historia. Una historia que está puesta al servicio de los dominadores, herederos ellos también, de otros dominadores de antaño.

Huizinga, por su parte, sostiene una posición similar respecto a la idea del Progreso. El autor se opone también a una Historia historicista que entienda los destinos del mundo en

función de sucesión de fases, en las cuales la posterior siempre muestra rasgos superiores a la que le antecede. La preponderancia de estos planteos en la historiografía queda demostrada, para Huizinga, en la división escolar de Historia Antigua, Media y Moderna. El marxismo mostraba estos mismo rasgos: feudalismo, capitalismo y socialismo –aunque con la lucha de clases como factor dinámico-. Para el holandés, esta división de la Historia y su ordenamiento en fases se debía a la ausencia de un objetivo:

Progreso, desarrollo, sucesión de fases de mayor y menor perfección, ¿no era, en el fondo, la falta antigua de un esquema final para abarcar los sucesos mundiales, falta que había dominado el espíritu desde un principio? (HUIZINGA, 1934, p. 20)

¿Cuáles eran, entonces, las características que asumía esta historia historicista, a las que Benjamin y Huizinga entendían como dominada por el Progreso? Respecto a la construcción del relato decimonónico y sus implicancias, hacemos referencia en el próximo apartado.

Acerca del carácter constructivo de la “reconstrucción historicista”

Benjamin como Huizinga encuentran en Leopold von Ranke,⁶ la principal figura de la Historia decimonónica historicista. Para Huizinga, los historiadores historicistas:

(...) buscan los resortes de aquella historia política esencialmente dentro de los mismos órdenes políticos, es decir, en títulos diplomáticos, en convenios y tratados parlamentarios, en las manifestaciones de la opinión pública. Dan la mayoría de los resultados bajo la forma de una narración continua de acontecimientos. (...) Su relato histórico se despliega grave y austero, en sucesión ininterrumpida de los tiempos, como si fuese encauzado por las unidades de la teoría dramática (HUIZINGA, 1934, p. 15)

Benjamin hace su crítica más aguda a esta historia a partir del análisis de los vínculos que se establecen en los hechos que conforman los relatos:

El historicismo se contenta con establecer un nexo causal de diversos momentos históricos. Pero ningún hecho es ya histórico por ser causa. Llegará a serlo póstumamente a través de datos que muy bien pueden estar separados de él por milenios. (BENJAMIN, 1940, p. 16)

⁶ Leopold Von Ranke (1795-1886) fue un historiador alemán. Su nombre está íntimamente vinculado a la institucionalización de la disciplina histórica. Hasta el día de hoy, se lo considera el máximo exponente de la Historia historicista. Entre sus obras destacan: *Historia de los pueblos latinos y germánicos de 1492 a 1514* (1824) y la conocida *Historia de los papas* (1836).

No existe, para Benjamin, un relato dado, pero el historicismo se empeña en esconder la intencionalidad y en un doble ocultamiento, silencia el trazo del historiador. Ningún hecho es para Benjamin histórico, hasta que el historiador lo convierte en tal, en la supuesta coherencia que se le otorgue. El problema del nexo causal, además de mostrar el carácter inexistente de la causalidad, la necesidad en las causas, pone de relieve la ausencia de objetividad en la Historia. Desnudar este aspecto sería fatal al historicismo, que se proclama como una ciencia en tanto los hechos históricos, como los de la naturaleza, salen a la luz desde los archivos y el historiador no tiene más que contarlos. Por eso, Benjamin asegura: *“Articular históricamente el pasado no significa conocerlo “tal y como verdaderamente ha sido”* (BENJAMIN, Tesis VI, 1940, p. 7). La referencia a Von Ranke⁷ en este pasaje es explícita. En la perspectiva de Benjamin, la Historia historicista propone una reconstrucción de los hechos que cubre con un inmenso manto las implicancias e intencionalidades. Se trata para Benjamin de una construcción –en apariencia reconstrucción- de la continuidad (también supuesta, crítica que es compartida por Benjamin y Huizinga). Para Benjamin, la Historia debe articular la discontinuidad, como veremos más adelante.

Huizinga, por su parte, comparte la idea de intencionalidad inherente en todo relato histórico como postula Benjamin:

¿Cómo se obtiene de la tradición de un estado pasado de la sociedad una imagen histórica? Un trozo del pasado humano se nos presentará primariamente como una existencia de fechas, cierto que fragmentariamente transmitidas pero en todo caso fechas físicas, biológicas y espirituales infinitamente variadas y absolutamente indigestas. Este conjunto de datos es, tal y como se presenta, inaccesible para la Historia a observación directa y no se le puede reducir a relaciones históricas. El pensador histórico no forma conocimientos históricos de ese pasado hasta que haga ciertas preguntas a la tradición, separando y arreglando datos determinados que se refieren a tales preguntas. Es siempre una actividad de elección o interpretación. Jamás es el conocimiento de cuanto sea cognoscible acerca de ese pasado, su fin no su ideal. Quiere ver, vivir el pasado, cierto, pero en las formas espirituales que él mismo aporta. Pregunta por formaciones del Estado, de las industrias, por formas de religiones y modos del pensar, de los cuales él mismo ha preparado las categorías y normas en su espíritu. Ninguno de ellos se halla dado inmediatamente en la materia del pasado de la manera que los hechos de la naturaleza están dados o conservados en el cosmos. Aun en el caso de que la pregunta tenga por objeto una mera sucesión de acontecimientos, la vida de personas o el origen y el fin de ciudades o estados, la pregunta de a **qué** personas o comunidades atañe y **cuáles** de sus acciones o destinos se desea

⁷ Quizá la principal premisa del historicismo sea la frase de Von Ranke *“wie es eigentlich gewesen”*, cuya traducción al castellano alude a mostrar lo que realmente ocurrió o escribir historia de lo que verdaderamente fue.

conocer, viene ya determinada por una norma sobre lo que es más o menos importante, que el historiador pone a **priori**. (HUIZINGA, 1934, p. 37-38). (Subrayado en el original)

La selección e interpretación, en Huizinga, son manifiestos y forman parte del quehacer del historiador. El holandés se separa de una Historia historicista (que intenta mostrarse objetiva) y pone de relieve los sentidos otorgados por el historiador en la construcción de un relato:

El historiador percibe ciertas formas en el pasado. Para hacerlas visibles a los demás, trata de ordenar hechos de tal modo que se vea en ellos un sentido. La concepción de este sentido mismo que reconoce en los acontecimientos, proviene directamente de su concepción del mundo y es dominada por su noción de verdad. (HUIZINGA, 1934, p. 44).

Huizinga, además, se adentra en la discusión acerca de la finalidad del estudio histórico: ¿qué hace el historiador? Mientras el historicismo, y por lo antes explicado respecto a la objetividad y a la presunción de dar a conocer lo que verdaderamente ha sucedido, “explica”, Huizinga manifiesta que la finalidad de la Historia es “comprender”.⁸

No obstante, Huizinga va más allá y, mientras comparte con Benjamin la negación a la causalidad entre hechos históricos que se presentan de antemano como tales, analiza el surgimiento del historicismo en un contexto donde el modelo de las ciencias naturales impuso un determinado ideal de ciencia: “*La causa más honda del cambio en las exigencias planteadas a la ciencia histórica, estaba en el hecho de que en el pensamiento moderno se había puesto siempre más bajo el primado de las Ciencias Naturales*”(HUIZINGA, 1934, p. 23).

Para Huizinga, es justamente el ceder paso a las exigencias de las naturales –y potenciar sus esquemas- lo que mostrará las propias falencias de la Historia decimonónica: “*La ciencia tuvo que ser exacta, esa iba a ser involuntariamente la suposición corriente. Si se*

⁸ “Cabe, pues, decir que la ciencia histórica inició el siglo nuevo librada de una carga de probar, con la cual no podía cumplir, restablecida en su derecho y su deber de seguir tranquilamente los caminos por los cuales había caminado desde antiguo. (...) Su conocimiento preservaba el carácter de una comprensión, un entendimiento de la coherencia, una representación de hechos particulares, sea que concerniente a las más especiales nociones de Historia local o a los juicios abarcadores de cuanto entra en una serie de siglos. Sus objetos seguían siendo siempre complejos, siempre difusos: fuesen pequeños, fuesen grandes, no se dejaban aislar del curso de los acontecimientos, exentos de repetición y reducción. Los conocimientos históricos siempre quedarían encerrados dentro de la concepción del mundo y del juicio humano, dependientes de la mentalidad de cada contemplador individual, nunca iguales para todos.

¿Es que por eso tendremos que llamarla una ciencia vacilante, incierta? Si fuese así, ese reconocimiento no valdría únicamente para la Historia, y enunciará sólo el escarmiento saludable que sigue necesitando la humanidad en punto a la limitación de toda su potencia cognitiva” (HUIZINGA, 1934, p. 25).

pusiese a prueba la Historia, tal como había sido hasta aquí, se advertiría que era bastante deficiente. ¿A quién importarían todavía los héroes y las batallas?” (HUIZINGA, 1934, p. 23).

A diferencia de Benjamin, para Huizinga el sostenimiento de la teoría del Progreso en el historicismo había sido criticado, aunque parezca contradictorio a primera vista, por la propia teoría del Progreso. Si el Progreso –y los vencedores que lo encarnan- hicieron nacer y anidaron una Historia historicista, pronto la cuestión se transformó en paradoja, llamada antihistoricismo, ya que:

La repugnancia contra el relativismo, que parecía ir inevitablemente unido a éste, se manifestó cada vez más. Pero la Gran Guerra fue la que trajo consigo en su multitud infernal de consecuencias un fenómeno que se llama, sin rodeos: Antihistoricismo.

Ahora, no por boca de un gran pensador, cual Descartes, sino en un coro confuso de voces violentas, suena el grito: “¡Historia, has vivido! Tus conocimientos no tienen valor. El pasado ha dejado de contar. ¡Fuera con esa basura! La vida exige nuestras fuerzas espontáneas, libre del velo de los muertos, descargadas del peso de la experiencia y sabiduría viejas, exige nuestras fuerzas ciegas e impetuosas. ¡El porvenir nos llama! (HUIZINGA, 1934, p. 76-77).

Mientras para Benjamin el historicismo se presenta como la encarnación de una historia puesta al servicio de los que siempre han dominado, para Huizinga el historicismo – más allá de sostener la teoría del Progreso como se explicitó antes- trajo consigo, de alguna manera, también a los muertos. Durante la Primera Guerra Mundial, el Antihistoricismo se definió como la reacción ante la Historia: no quizá tanto ante una determinada concepción de la Historia, sino como puede verse en la cita, ante la Historia, ante el estudio sistematizado de experiencias del pasado, que no podían ser aceptadas por aquellos a los que “el porvenir los llama”.

El peso de los muertos, su fuerza, no puede ser aceptada por la teoría del Progreso. La reacción del antihistoricismo es una reacción, ante todo y en extremo, ante los muertos, aunque estos sean entendidos por el progreso como necesarios. Para Benjamin, la cuestión se vuelve aún mucho más profunda y dramática. En su argumento, ningún muerto será necesario. Sus *Conceptos de Filosofía de la Historia*, con particular acento en la Tesis II, puede entenderse dedicadas no a lo que está por venir -el futuro así entendido del Progreso- sino a los fracasos: el pasado está presente porque puede redimirse, porque se le da la posibilidad de ser a lo que no pudo ser. Si se sostiene la teoría del Progreso, en su forma historicista, ni los muertos

estarán tranquilos, sus muertes seguirán transformadas en necesarias porque no se les dará la oportunidad de salvarse:

(...) El peligro amenaza tanto al patrimonio de la tradición como a aquellos que reciben tal patrimonio. Para ambos es uno y el mismo: el peligro de ser convertidos en instrumentos de la clase dominante. En cada época es preciso esforzarse por arrancar la tradición al conformismo que está a punto de avasallarla. El Mesías viene no sólo como Redentor, sino también como vencedor del Anticristo. Sólo tiene derecho a encender en el pasado la chispa de la esperanza *aquel* historiador traspasado por la idea de que *ni siquiera los muertos* estarán a salvo del enemigo, si éste vence. Y este enemigo no ha cesado de vencer (BENJAMIN, 1940, p. 7-8) [Subrayado en el original].

Estas consideraciones, nos llevan a plantear una cuestión fundamental en la obra de Benjamin y sus vínculos con los escritos de Huizinga: el tiempo histórico y la imagen.

Tiempo histórico como articulación: una imagen viva y fugaz para la Historia, para nuestro presente.

La cuestión abordada de la causalidad, tal como la entiende el Progreso en su manifestación historicista, y la supuesta reconstrucción que realiza el historicismo, nos lleva a preguntarnos respecto a la noción de tiempo histórico que sostienen Benjamin y Huizinga. Dijimos que ambos rechazan este ideal reconstructivo y acentúan el carácter creador de los hechos históricos, por parte de los historiadores. Para el historicismo, el tiempo es el lienzo donde el historiador compone su obra, otorgándole coherencia a determinados hechos que les valdrá a posteriori el calificativo de históricos, dotará a fragmentos desordenados, sentidos guiados por criterios axiológicos no explicitados que ambicionan extinguir la propia selección – e intentan transformarla en una neutralidad inexistente-. ¿De qué material es este lienzo? ¿Qué concepción sostenida del tiempo histórico está presente y oculta tras estos ordenamientos?

Para Huizinga, el tiempo no puede ser sólo un transcurrir. En el holandés, hay una búsqueda de finalidad presente en toda su formulación, que debe ser explicitada por los historiadores y que dota a la Historia de un sentido primordial en la vida de las personas:

La coherencia histórica, producto de nuestro espíritu, sólo tiene razón de ser, en cuanto le atribuyamos un objeto, o digamos, una marcha hacia cierta solución, sea esta meta una perfección gloriosa o decadencia o ruina, sea que esté establecida por la voluntad humana, por una ciega necesidad o por la providencia de Dios y su creación continua.

Por tanto, el modo de pensar histórico siempre se halla encaminado hacia una finalidad. Mientras el pasado suministra sus materias, y la mirada está fija hacia atrás, mientras que el espíritu tiene conciencia de no poder profetizar, en realidad, ni siquiera un minuto del porvenir, es, no obstante, este eterno porvenir mismo quien mueve aquel espíritu. La pregunta de la Historia es siempre: ¿Para qué? ¿Adónde? Hácela de llamar la ciencia finalista por excelencia (HUIZINGA, 1936, p. 56).

La finalidad de la Historia en Huizinga es comprender; no se trata de preguntarse y colocar a disposición del lector una serie de hechos que aparentemente explicarían las causas de una batalla, uno de los tópicos preferidos de la Historia historicista. Huizinga nos interpela a que nos preguntemos ¿cómo han vivido las personas? ¿qué motivaciones encontraron? y particularmente, ¿para qué los historiadores estudiamos esas vidas y motivaciones? ¿Qué finalidades existieron entonces, y cuáles les damos ahora mientras indagamos? La ruptura con el historicismo es brutal.

En los términos de Benjamin, podríamos afirmar que el historicismo sostiene una concepción del tiempo histórico cuantitativo y lineal, homogéneo y vacío:

(...) La representación de un progreso del género humano en la historia es inseparable de la representación de la prosecución de ésta a lo largo de un tiempo homogéneo y vacío. La crítica a la representación de dicha prosecución deberá constituir la base de la crítica a tal representación del progreso (BENJAMIN, 1940, p. 13).

El historicismo construye un ordenamiento –siempre defectuoso a los fines de una humanidad que no podrá redimirse en tanto se le dé voz sólo a los vencedores-. Crea necesarios en sus relatos: fracasos por doquier en función de un Progreso, que nunca –quizá esto sea lo más cínico para el autor- está en nuestro presente sino en el tiempo que siempre está por venir. Un futuro inalcanzable convertido en utopía ajena y lejana.

En lugar de este tiempo historicista, Benjamin propone un tiempo cualitativo, que articula discontinuidades, un tiempo donde el pasado toma por asalto al presente. Un tiempo que rompe con toda estructura rígida del historicismo: *“La historia es objeto de una construcción cuyo lugar no está constituido por el tiempo homogéneo y vacío, sino por un tiempo pleno, “tiempo-ahora”* (BENJAMIN, 1949, p. 13). Si las coherencias se destruyen, lo necesario deja de serlo.

El vínculo establecido para Benjamin entre lo pasado y lo presente, es una imagen entendida como dialéctica en reposo:

No es que el pasado arroje luz sobre lo presente, o lo presente sobre lo pasado, sino que imagen es aquello en donde lo que ha sido se une como un relámpago al ahora en una constelación. En otras palabras: imagen es dialéctica en reposo. Pues mientras que la relación del presente con el pasado es puramente temporal, continua, la de lo que ha sido con el ahora es dialéctica: no es un discurrir, sino una imagen, en discontinuidad. –Sólo las imágenes dialécticas son auténticas imágenes (esto es, arcaicas) y el lugar donde se las encuentra es el lenguaje. Despertar (BENJAMIN, N2, a3, 1927-1949, p. 464).

Lo que no ha sido, puede ser en el presente. Ese es el objeto de la Historia. No se trata ya de atar cabos desordenados, asignándoles un ordenamiento que arrastra consigo las muertes necesarias. Este, en todo caso, sería el espíritu del Progreso. Se trata, por el contrario, de salvar a los muertos, a los olvidados, a los fracasos, a los que han sufrido, en un procedimiento de afinidad, para nada empático:

Fustel de Coulanges recomienda al historiador, que quiera revivir una época, que se quite de la cabeza todo lo que sepa del decurso posterior de la historia. (...) Es un procedimiento de empatía. Su origen está en la desidia del corazón, en la acedia que desespera de adueñarse de la auténtica imagen histórica que relampaguea fugazmente. (...) (BENJAMIN, Tesis VII, 1940, p. 8).

Encontramos nuevamente la referencia al historicismo. Esta vez, en la figura de Fustel de Coulanges.⁹ El procedimiento empático no puede nunca, para Benjamin, traer una imagen del pasado, ya que el tiempo histórico como continuidad debe ser roto, articulando discontinuidades, mediante la actualización: *“Para que un fragmento del pasado sea alcanzado por la actualidad, no puede haber ninguna continuidad entre ellos”* (BENJAMIN, N7, 7, 1927-1949, p. 472). Y en esta articulación de la discontinuidad, es posible el salvataje:

¿De qué son salvados los fenómenos? No sólo, y no tanto, del descrédito y del desprecio en que han caído, cuanto de la catástrofe a que los aboca muy fuertemente la exposición que se hace de ellos un determinado tipo de tradición, “honrándolos como herencia”.- Quedan salvados mostrando en ellos la discontinuidad . –Hay una tradición que es catástrofe (BENJAMIN, N9, 4, 1927-1940, p. 475).

El progreso constituye la catástrofe: *“Hay que basar el concepto del progreso en la idea de catástrofe. Qué esto “siga sucediendo” es la catástrofe. Ella no es inminente en cada caso, sino lo que en cada caso está dado. (...)”* [Subrayado en el original] (BENJAMIN, N9, a1,

⁹ Numa Denis Fustel de Coulanges (1830-1889) fue un historiador francés, cuya obra puede ubicarse en la historia historicista. Su trabajo más conocido es *La cité Antique: étude sur le culte, le droit, les institutions de la Grèce et de Rome*, escrito en 1864.

1927-1940, p. 476). El salvataje, en cambio y al dar cuenta de todo, permite a la humanidad redimirse. Ya no hay muertos necesarios, los acallados se hacen presente y *las cifras de los años cobran fisonomía* (BENJAMIN, N11, 2, 1927-1940, p. 478). Lo grande y lo pequeño es citable, y la verdad, esa utopía ubicada en el pasado, cobra impulso, se produce el salto. El pasado nos toma por asalto: *“Es propio de la salvación su sólida acometida, aparentemente brutal”* (BENJAMIN, N9, a3, 1927-1940, p. 476). Expresa Benjamin:

El cronista que narra los acontecimientos sin hacer distingos entre los grandes y los pequeños, da cuenta de una verdad, a saber, que para la historia nada de lo que una vez aconteció ha de darse por perdido. Claro que sólo a la humanidad redimida pertenece su pasado de manera plena. Esto quiere decir que el pasado sólo se hace citable, en todo y cada uno de sus momentos, a la humanidad redimida. Cada uno de los momentos que ella ha vivido se convierte en citas del orden del día, y ese día es precisamente el del juicio final (BENJAMIN, Tesis III, 1940, p. 6).

La imagen dialéctica es relámpago. Cada segundo de nuestra existencia en que no articulamos la discontinuidad, es un segundo más que hemos olvidado a los fracasos, en que seguimos enterrando a los muertos. No obstante, y por esto mismo, a cada instante podemos salvar ese pasado, esos proyectos inconclusos y olvidados, pueden realizarse y ser, lo que no han sido, en el tiempo-ahora. La constelación, en ese sentido, permite el salvataje.

¿Cómo construimos, entonces, esta historia? Huizinga, al hacer hincapié en los acontecimientos que se dan en el tiempo, nos provee algunas claves:

Y se debe añadir que también habrían podido ocurrir [los acontecimientos] de otra manera. (...) El historiador, en cambio, tiene siempre que emplear un punto de vista indeterminista en lo que se refiere a su asunto. Se traslada de continuo a un punto del pasado, en el cual los factores conocidos parecían admitir todavía diferentes resultados. Si habla de la batalla naval de Salamina, cabe aún la posibilidad de que triunfen los persas; si habla del golpe de Estado del Brumario, aún está incierto si Bonaparte será rechazado ultrajosamente. Sólo manteniéndose abierto al reconocimiento de la ilimitación de posibilidades puede hacer justicia a la plenitud de la vida (HUIZINGA, 1934, p. 54-55).

Nuevamente aquí el autor se posiciona rompiendo con el historicismo, sobre todo, con la linealidad con la que la historia decimonónica construye sus relatos y manifiesta supuestas coherencias. Su búsqueda del hacer justicia, en eso que fue, pero también en

aquello que pudo haber sido, lo vincula al tiempo cualitativo de Benjamin.¹⁰ No obstante, el “traslado continuo a un punto del pasado” dota a Huizinga de un cierto presentismo que termina por alejarlo de la concepción de tiempo sostenida en las tesis. O dicho de otra manera: quizá Benjamin, lector de Huizinga, daría a esta idea un giro más y la colocaría en el centro de su crítica a la teoría del Progreso.

Porque Huizinga ha dado lugar a la plenitud de la vida, pero también a la muerte. En los años '30 del siglo XX (¡y cómo reprocharle a Huizinga el cierto presentismo que nombrábamos antes!) imagina a Clío, la musa inspiradora de la Historia, ya sin sonrisa e incapaz de repartir lecciones morales:

La veo más bien recoger silenciosa y seria las flores de la pradera de asfódelos en el país de las sombras. En un tiempo en que, en marcado contraste con nuestro pretérito medieval, toda tendencia, toda ciencia también está dirigida a la vida, conserva la Historia esta cierta orientación hacia la muerte, que la coloca muy cerca de la filosofía. (HUIZINGA, 1934, p. 82).

Huizinga también ha dado lugar a la idea de imagen. Pero no se trata de la dialéctica en reposo establecida por Benjamin. En Huizinga, la imagen es la multiplicidad de aspectos que recorren la vida y muerte de las personas. La comprensión es la que permite construir una imagen, que –a diferencia del historicismo no se preocupa sólo de los héroes y estados, dominadores en todas sus aristas- intenta hacer una historia compleja, problematizadora y abigarrada:

En cada representación concisa de cierto curso de la Historia se ha aplicado un grado de escarzo y simplificación que es incompatible con la imagen abigarrada del vivo pasado. Todo esquema histórico es un esquema insatisfactorio. (...) Cada nueva investigación más minuciosa le parece [al investigador] que desmiente en mayor o menor grado los resultados de los estudios anteriores. ¿Desistirá en su empeño de describir el fenómeno histórico valiéndose de alguna figura? En alguna manera. Seguirá tratando de corregir el anterior esquema, demasiado simplificado, refundiendo en él trazos anteriormente desatendidos. Resultará a menudo que, en efecto, la imagen científica de algún trozo de la Historia se vuelve mucho menos clara y distinta de lo que fue antes. Relaciones, coherencias, condiciones, que anteriormente veía ante sus ojos el historiador tan vivas y sencillas como un grabado de madera primitivo, las verá en adelante más bien como aguafuerte o acuarela impresionista (HUIZINGA, 1934, p. 34).

¹⁰ Para Huizinga: “La mirada histórica **tiene** que estar fija en los acontecimientos multicolores mismos en su curso azaroso. Un conocimiento que pierda de vista hombres y sucesos **en** su vida y movimiento, puede ser valioso, pero deja de ser Historia” [Subrayado en el original] (HUIZINGA, 1934, p. 62).

Para Huizinga, el pasado se dota de sentido. Al romper con los preceptos del historicismo, comparte con Benjamin la crítica al Progreso, la negación a la causalidad, la ruptura con la concepción del tiempo lineal decimonónico y el reconocimiento de la construcción del relato historiográfico. Sobre todo, llama la atención, como en ambos autores, el pasado toma sentido (ya no como en el historicismo, justificando los supuestos avances de la civilización) sino en una amalgama pasado-presente. Plantea Huizinga:

La relación entre la Historia y el pasado no es nunca la de una imagen mecánicamente reflejada. Siempre se trata de cierta intelección del pasado, de una interpretación de lo que era antes, de un entender el sentido y la coherencia en función de un todo (HUIZINGA, 1934, p. 38).

La crítica que comparten Huizinga y Benjamin respecto a la Historia historicista, no los posiciona en un “estado de pesimismo”. Una actualización de sus obras, de sus vínculos no escritos, permite leer una acción transformadora, no en el sentido de superación propio del Progreso, sino una lectura que dota a nuestro presente de una emergencia: la posibilidad de otra historia.

Consideraciones finales

Un examen preliminar como el emprendido, permite comenzar a reflexionar en torno a dos pensadores de la primera mitad del siglo XX que, en un contexto trágico signado por la urgencia, decidieron no mirar al futuro sino a los tiempos pasados dando cuenta de la construcción del relato en la Historia.

Benjamin y Huizinga analizaron la Historia historicista, la que había primado en la institucionalización decimonónica de la disciplina y que en las primeras décadas del siglo XX mantenía un rasgo visceralmente criticado por estos dos pensadores: el predominio de la Ideología del Progreso en su configuración. Para Benjamin, esa preponderancia del Progreso, de los llamados por el autor “necesarios”, se transformó en la base de toda una argumentación que colocó los problemas del devenir histórico, no en el futuro ni en el presente, sino en el pasado. Por su parte Huizinga, también fue crítico de la sucesión de fases con la que el historicismo habituaba caracterizar el acontecer social.

El alemán y el holandés reflexionaron, a partir de las consideraciones a las que arribaron del historicismo, sobre el tiempo histórico. Fue Huizinga quien insistió en la finalidad de la Historia. El comprender se transformó, dentro de su pensamiento, en la premisa cardinal de la indagación histórica. Pero fue más allá, y caracterizó a la Historia como una ciencia

finalista, interpelándonos así a preocuparnos por las finalidades de los estudios históricos: ¿para qué estudiamos el pasado? ¿Qué sentido le atribuimos en nuestra propia realidad?

Benjamin, por su parte, reprendió la utilización del tiempo cuantitativo y lineal propio del historicismo y en su lugar, postuló la preeminencia de uno cualitativo, que permitiera la articulación de las discontinuidades en un procedimiento que implicaría el salvataje. De esa forma, para Benjamin, recuperar a los muertos, a todos los fracasos, se convirtió en un acto de justicia que la Historia debía realizar.

¿Habría sido urgente en aquellos años, encontrar otros sentidos para sus vidas y sus obras y significar la muerte? Quizá sólo fue posible en estos autores una mirada al pasado: el contexto los apremia y sus pensamientos deben entenderse en un clima enrarecido, donde algunas manifestaciones de la izquierda son, comprometidamente, muy semejantes a las de la derecha.

La historiografía ha recorrido diversos caminos desde aquel entonces. La historia social, la historia desde abajo, la historia cultural, la microhistoria, con la ampliación que estos enfoques supone de perspectivas metodológicas y lo que entendemos por la categoría “fuente”, ha dado lugar a nuevas discusiones. En particular, podemos afirmar que el conocimiento no se sedimenta o asienta: están ahí, latentes, nuevas y continuas revisiones, novedosas aristas analíticas y formas de entender el pasado, que define al conocimiento no como acabado sino en permanente construcción.

Los vínculos no escritos entre Huizinga y Benjamin quizá deben comenzar a “escribirse”, dando cuenta de una serie de interrogantes que cabe mantener hoy, luego de los derroteros historiográficos del siglo XX, con vigencia ineludible: ¿para qué estudiamos el pasado? ¿Es necesario explicitar en nuestras búsquedas, las urgencias individuales y colectivas que constituyen los fundamentos de nuestros cometidos? ¿La escritura de la Historia constituye en sí mismo un acto de justicia, una justicia que se vuelve anacrónica –por estar plagada de las percepciones contemporáneas- o hay en la indagación del pasado, una concepto de justicia (¿de “larga duración”)- que podría estar presente a lo largo de toda nuestra humanidad?

Si la comprensión implica un redimir, quizá volviendo a estos textos, a sus necesidades de ser leídos en lo que expresaron y en lo que callaron, a los itinerarios de sus autores y a las exigencias de una época, podremos tener una “imagen abigarrada” de la Historia: sus “otros protagonistas” y los silenciamientos impuestos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

BENJAMIN, Walter. *Sobre el concepto de Historia en Conceptos de Filosofía de la Historia*. Buenos Aires: Agebe, 2011 [1940].

_____. *Sobre la facultad mimética en Conceptos de Filosofía de la Historia*. Buenos Aires: Agebe, 2011 [1940].

_____. *Libro de los pasajes*. Madrid: Ediciones Akal, 2005 [1927-1940].

HUIZINGA, Joseph. *Sobre el estado actual de la Ciencia Histórica*. Argentina: Editorial Cervantes Tucumán. Original sin año de impresión [1934].